



Juan Carlos Eguillor

FIN

rra ni las matanzas contra los judíos en Alemania y en toda Europa, sino los que lloran ahora el destino de los judíos.

¿Por qué tenemos nosotros que pagar la culpa, si no hemos hecho más que ayudar a los que escaparon del infierno nazi?

Las matanzas en masa del pueblo palestino por la Junta Militar judía no las condena usted.

Yo no defiendo ni comparto los actos de Munich por el simple hecho de denunciar las matanzas sionistas en Palestina y en el mundo árabe.

Los palestinos están obligados a adoptar tales actos porque no les queda más solución: en Jordania les mataron, en Líbano no tardarán de liquidar el movimiento palestino.

Por sus oraciones por la paz, claro, la de su querida Israel, pues en mi opinión no habrá paz sin justicia, la misma justicia en Vietnam o en Camboya. ■ UN ESTUDIANTE PALESTINO (Valencia).

país, ningún organismo artístico o cultural, ningún artista no profesional, se negarían a programar, organizar y competir en una posible Olimpiada de las Artes. Es evidente la existencia de un gran número de creadores que el mundo ignora, como también es evidente la posibilidad de realización de la Olimpiada de las Artes o de la Cultura.

Es profundamente triste que permanezca ignorado, que se pierda el talento, el genio quizá, cuando existe la posibilidad de descubrirlo. Y la Olimpiada de las Artes centraría la atención de los hombres en su más grande patrimonio: la sensibilidad y la inteligencia. ■ JOSE MANUEL BRIONES GONZALEZ (Madrid).

BREVE Y BUENO

«Medallas Olímpicas, Medallas Políticas», artículo del señor Manuel Vázquez Montalbán, número 520 de TRIUNFO, merece pasar a la antología del periodismo, tan vilipendiado a veces y tan poco reconocido en sus valores otras. Justicia e injusticia, respectivamente, y conclusión en dos palabras a la que se llega en el artículo en cuestión: no había leído nunca en ninguna revista, periódico o cualquier otra publicación, una síntesis tan detallada de un suceso tan vital por tantos motivos como esta XX Olimpiada.

No sé si Quevedo lo hubiera mejorado —y no se vea por ningún lado la hipérbolo—, pues se ajustaba a su estilo de bueno y breve, dos veces bueno. Breve, teniendo en cuenta la amplitud y derivaciones del tema. El estilo de poder tocar casi todas las cuestiones candentes de la actualidad a partir de un hecho aislado, imponente como unos Juegos Olímpicos, pero aislado al fin, dando al lector el gran placer de la lectura en su máxima pureza, en la que la concisión y la claridad ahorran el tiempo de leer entre líneas para enterarse de algo, como es tan frecuente por desgracia, es francamente delicioso. La hipocresía huyendo, la verdad en los ojos y la sonrisa triste y grotesca para la tragedia grotesca, ponen fin a la lectura. Sólo quiero que perdonen si la pasión ha enturbiado mi objetividad, pero cuando un niño hambriento se encuentra una tarta, con la indigestión consiguiente suele molestar a los demás. ■

ROSENDO SOLE SAINZ (Barcelona).

LA OLIMPIADA DE LAS ARTES

Con admiración y asombro he contemplado el bello y extraordinario espectáculo de la Olimpiada de Munich. El hombre, capaz de toda superación en el deporte, quizá olvide, muchas veces, su más grande posesión: el pensamiento. En consecuencia, he pensado, quizá con ingenuidad, en la posibilidad de un nuevo certamen: la Olimpiada de las Artes, la Olimpiada de la Cultura.

Pienso que los organismos culturales de todos los países civilizados y un número considerable de artistas amateurs de todo el mundo estarían dispuestos a colaborar, organizar y competir en un posible certamen mundial de la sensibilidad y de la inteligencia.

La propuesta podría partir de la UNESCO, organismo internacional para la educación, la ciencia y la cultura. Talentos, hasta el presente inéditos, saldrían a la luz. El mundo contemplaría el desfile de escritores y artistas hasta entonces desconocidos, cuya valía habría sido sancionada por hombres reconocidamente competentes en música, literatura, pintura, escultura, teatro, fotografía, cine amateur...

El patrimonio artístico y cultural del mundo civilizado se enriquecería, quedando no solamente el recuerdo de los galardones, sino obras imperecederas. Creo que ningún